



MÍRIAM

Nara Vidal

Escritora, editora e tradutora.

Licenciada em Letras pela Universidade Federal do Rio de Janeiro.

Vidal, Nara (2016). "Miriam". Em *A loucura dos outros*. São Paulo: Reformatório, pp. 123-125, 1a. ed.

MÍRIAM

Traducción de Manuel Barrós.

Sociólogo, investigador y traductor. Ha publicado traducciones de distintos escritores y poetas en revistas y, junto con Óscar Limache, *Doze noturnos da Holanda / Doce nocturnos de Holanda* (Ediciones Andesgrund, 2016; 2018) de Cecília Meireles, en Santiago de Chile.

Dentro do trem não venta. Mesmo assim o sopro que cobriu o espaço entre minha boca e meu nariz deu, no reflexo do vidro, um teto para o casal que se abraçava pela primeira vez na plataforma. Era a primeira vez. Abraçavam-se de fechar os olhos, respirar fundo. Dentro dos olhos fechados no abraço cabia um sorriso.

Brincar com o tempo é brincar com fogo. Eu olhava minha imagem no vidro da janela do trem e via um deus. Sobre os amantes, um relógio digital e eu contando os segundos como se fossem meus pra passatempo.

11:58:09. Piscava os olhos saltando o segundo ímpar. Quis homenagear o par de amantes. Nada entre eles, só os dois. Eu parecia mesmo ter tempo. Brincava de ser desocupada, dessas que olham o relógio sem compromisso.

No dia 26 de fevereiro deste ano, eu desperdici mais de um minuto e meio contados a cada segundo. Perdi pela obsessão de segurar nos olhos cada instante. Mas quando os segundos passavam, iam de fato embora. O tempo que escorre não era brincadeira feito pensei.

Jogar tempo fora assim era parecido com vigiar o amor de perto. Sofocado, escapa feito o relógio digital que cobria o casal com futuro e um teto de cabelo de vento. Feito o tempo, o amor não voltava. Não era brincadeira.

E foi exatamente assim que aconteceu o fim.

Minha mãe ficou doente. A palavra era difícil e era “terminal”. Quem inventou um palavrão desses para falar da miséria e da validade do corpo humano? Terminal é palavra indigna.

Na minha cabeça uma espécie de barulho. Digo uma espécie porque soube depois que não era barulho, era a minha cabeça.

O tempo tem lá suas estranhezas. Segure-o com as mãos e olhe pra ele: não é nada porque é presente. A ingratidão é a única coisa que nos faz humanos. Não reconhecemos o tempo que temos porque ele sobra. Um dia, escasso feito os sorrisos já sem dentes que acompanham seu afinamento, valorizamos o precioso tempo que já acabou, seja ele futuro ou passado.

Quando falávamos sobre morte, era presente. Não percebemos que o futuro é feito de fim.

Dentro del tren no corre viento. Aun así el sopro que cubrió el espacio entre mi boca y mi nariz dio, en el reflejo del vidrio, un techo para la pareja que se abrazaba por primera vez en el andén. Era la primera vez. Se abrazaban cerrando los ojos, respirando hondo. Dentro de los ojos cerrados en el abrazo cabía una sonrisa.

Jugar con el tiempo es jugar con fuego. Yo miraba mi imagen en el vidrio de la ventana del tren y veía un dios. Sobre los amantes, un reloj digital y yo contando los segundos como si fueran míos, para entretenerme.

11:58:09. Parpadeaba los ojos saltándome el segundo impar. Quise homenajear a los dos amantes. Nada entre ellos, solo los dos. En verdad, yo parecía tener tiempo. Jugaba a estar desocupada, de esas que miran el reloj sin compromiso.

El 26 de febrero de este año desperdicié más de un minuto y medio contados a cada segundo. Los perdí por la obsesión de asir con los ojos cada instante. Pero cuando los segundos pasaban, realmente se iban. El tiempo que transcurre no era un juego, pensé.

Perder así el tiempo se parecía a vigilar el amor de cerca. Sofocado, escapa convertido en el reloj digital que cubría a la pareja de futuro y en un techo de un cabello al aire. Hecho tiempo, el amor no regresaba. No era juego.

Y fue exactamente así que llegó el fin.

Mi madre se enfermó. La palabra era difícil y era “terminal”. ¿Quién inventó una palabrota así para hablar de la miseria y del valor del cuerpo humano? Terminal es una palabra indigna.

En mi cabeza una especie de estrépito. Digo una especie porque después supe que no era estrépito, era mi cabeza.

El tiempo germina en ella su extrañamiento. Asirlo con las manos y míralo: no es nada porque es presente. La ingratitud es lo que nos hace humanos. No reconocemos el tiempo que tenemos porque él sobra. Un día, escaso hecho sonrisas ya sin dientes que acompañan su afinación, valoramos el precioso tiempo que acabó, sea futuro o pasado.

Quando hablábamos sobre la muerte, era presente. No percibimos que el futuro es consumación.

Ela me esperava na cadeira, ereta como dava. Cabelos secos da tentativa de uma escova mal feita. Adentrei e nos olhamos evitando, cuidadosamente, as emoções que eram insuportáveis. Dei meu beijo, meu abraço apertado e comovido. Abraço com medo de ser o último. O estalo do beijo dela foi alto. Ecoa ainda hoje. Mostrei fotografias da neta, tiradas na pressa para estar ali com ela antes que o tempo nos vencesse. Faltava-me ar. Precisei sair. Cheguei até a Confeitaria Brasil e pedi uma caixa com Chapéu de Napoleão. Uns dez, vinte. Muitos! Quando voltei ela já estava na cama. Fui pra janela comer escondido dela o nosso doce preferido. Cheia de ciência e razão, expliquei que não era possível dar a ela aquele pequeno prazer já que estava mal de saúde. A alimentação saudável era prioridade. Os filhos têm desses pecados quando acham que sabem das coisas. Mas veja, trouxe uma música francesa que você vai gostar. Escuta. Vê isso? É um aparelho novo. Guarda um milhão de músicas. Escuta a cantora francesa.

Foi a última arte que teve. O último olhar acordado e curioso, olhar que a arte proporciona. Depois disso, feito uma bomba, acabou. O barulho foi enorme! Deixou-me surda.

A vida, mesmo comigo, andou. Parece ter ignorado que eu queria ela toda fora de mim. Distraía-me com os problemas dos outros. A dor do outro é boa porque não dói na gente. Somos até capazes de vender conselhos, de tão bons. Às vezes, vinha uma incrível melhora quando eu via que, se eu quisesse, era possível parar de andar.

Era uma terça-feira. Dia de completa insignificância. Fui pra estação do metrô mais longe de casa que meu bilhete comprava. Tinha uma nota que eu entregaria para o primeiro que encontrasse antes de tudo. Ouvi o barulho do trem. Barulho metálico de trilho, barulho que rola em círculos. Certo, não ia dar tempo nem de pensar. A gente morre mesmo é de dor, e essa ia ser tão intensa que não duraria dois segundos. Dois segundos eu era capaz de segurar. O trem se aproximou. A luz vinha chegando. Agora era só calcular e pronto. Fechei os olhos pra não ver esse feiura de perto. Perdi o trem. Ele parou. Entrei. Ele me levou pra casa. ■

Ella me esperaba en la silla, erguida como podía. Los cabellos secos por el intento de un peinado mal hecho. Entré y nos miramos evitando, cuidadosamente, las emociones que eran insoportables. Le di mi beso, mi abrazo apretado y conmovido. Abrazo con miedo de que sea el último. El crujido de su beso fue alto. Aún hoy hace ecos. Le mostré fotografías de la nieta, tomadas con apuro para estar allí con ella antes de que el tiempo nos ganara. Me faltaba el aire. Tuve que salir. Llegué hasta la Pastelería Brasil y pedí una caja de chapéu de Napoleón. Unos diez, veinte. ¡Muchos! Cuando volví, ella ya estaba en la cama. Fui a la ventana a comer a escondidas nuestro dulce favorito. Llena de ciencia y razón, le expliqué que no era posible darle el pequeño placer pues estaba mal de salud. La alimentación saludable era prioridad. Los hijos cometen esos pecados cuando creen saber sobre lo que están hablando. Pero mira, traje una canción francesa que te gustará. Escucha. ¿Lo ves? Es un aparato nuevo. Guarda un millón de canciones. Escucha a la cantante francesa.

Fue el último arte que degustó. La última mirada despierta y curiosa, mirada que el arte proporciona. Después, como una bomba, acabó. ¡El estrépito fue enorme! Me dejó sorda.

La vida, aun conmigo, siguió. Parece haber ignorado que la quería toda fuera de mí. Me distraía con los problemas de los otros. El dolor del otro es bueno porque no nos duele. Incluso somos capaces de vender consejos, como si fueran buenos. A veces llegaba una increíble mejora cuando veía que, si yo quisiera, era posible dejar de andar.

Era un martes. Día de completa insignificancia. Fui a la estación del metro más lejana de la casa que mi boleto había comprado. Tenía un apunte que yo entregaría al primero que encontrara antes de todo. Escuché el estrépito del tren. Estrépito metálico de riel, estrépito que avanza en círculos. Infalible, no había tiempo para pensar. En verdad morimos de dolor, y ese iba a ser tan intenso que no duraría dos segundos. Dos segundos yo era capaz de asir. El tren se acercó. La luz iba llegando. Ahora era solo calcular y listo. Cerré los ojos para no ver ese horror de cerca. Perdí el tren. Él se detuvo. Entré. Él me llevó a casa. ■